

CONVERSACIONES.

Sermo vester semper in gratia sale sit conditus.

Vuestra conversacion sea siempre con agrado, sazonada con la sal de la discrecion.

(Coloss. iv, 6.)

Las conversaciones, amados hermanos míos, tienen una grande influencia en nuestra vida. La conversacion constituye nuestra vida social, y casi toda nuestra existencia. Las faltas que en ella se cometen, se reproducen todos los días, y aún, muchas veces, cada día; y estas faltas, van minando la conciencia de un modo tanto más peligroso, cuanto que, siendo imperceptibles, se tiene poco cuidado de evitarlas. Sin embargo, son de gran trascendencia para la salvacion de nuestras almas. Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: «Por vuestras palabras sereis condenados, y por vuestras palabras sereis justificados.» ¡Terrible idea! ¿Cuál de nosotros, podrá acordarse, de todas las palabras que ha pronunciado? El torbellino del tiempo las arrastra consigo; mueren al instante mismo que nacen; mas, á pesar de esto, se escriben todas en un gran libro, y vendrá día, en que se nos traerán á la memoria para ser pesadas en la balanza del santuario. Ellas, decidirán la gran cuestion de nuestra salvacion eterna: «Por vuestras palabras sereis condenados, y por vuestras palabras sereis justificados.»

Dios, nuestro Señor, que me ha inspirado la idea de hablaros en este día, de los grandes deberes que os imponen las conversaciones, me conceda la gracia de hacerlo dignamente, para que el sencillo y familiar discurso, que voy á dirigiros, os sirva juntamente de enseñanza y de modelo; y al mismo tiempo, que las palabras que salgan de mi boca, sean sazonadas con la sal y con la gracia; con la sal, á

fin de que no diga cosa alguna ménos grave, ni ménos conveniente á la santidad de mi ministerio; con la gracia, para que pueda captarme vuestra atencion, é insinuarme suavemente en vuestros corazones. Imploremos las luces del Espiritu Santo. A. M.

1. No os he indicado, oyentes míos, la division de mi discurso, porque se desprende naturalmente del texto del Apóstol, que he tomado por base de él. Así, pues, os manifestaré, en primer lugar, como vuestras conversaciones deben ser siempre sazonadas con la sal de la discrecion, y, despues, como deben ser sazonadas con la sal de la suavidad.

Generalmente hablando, cuatro son los defectos que en nuestras conversaciones incurrimos, contrarios á la discrecion: 1.º las palabras demasiado libres; 2.º la murmuracion; 3.º las palabras sobrado timidas y condescendientes; 4.º las palabras vanas é inútiles. O yo me engaño mucho, hermanos míos, ó no hay aqui quien no necesite ser aleccionado sobre alguno de estos cuatro puntos. Cuando digo, que las palabras demasiado libres se oponen al consejo del Apóstol, no comprendo, bajo tal calificacion, los discursos notoriamente licenciosos y opuestos, no solo á la moral cristiana, sino tambien á la decencia del trato familiar y á las consideraciones sociales. No os haré, oyentes míos, la injuria de creer, que alguno de vosotros use semejante lenguaje. Por lo demás, esa clase de conversaciones, no son tampoco las más peligrosas, porque llevan en sí mismas impreso un sello tal de reprobacion, que nadie puede tomar parte en ellas sin incurrir en la nota de grosero y mal educado. Pero hay un modo peligrosísimo de desfigurar y ocultar el mal, cubriéndolo con un velo bastante tupido para no ofender la modestia de aquellos á quienes se presenta, y al mismo tiempo bastante transparente, para que lo descubran y para que lo conozcan y apetezcan. Una alusion chistosa y oportuna, un chiste original y repentino, un equívoco ingenioso, una anécdota, una palabra ambigua, una sonrisa, un gesto ó un silencio afectado, forman, hermanos míos, ese velo detestable, y son los senderos por los cuales muchos se encaminan al mal. Si criminales son los que hablan de tal suerte, no lo son ménos los que les escuchan. Ninguno, que conozca el corazon humano, creará jamás, que amais sinceramente la virtud, si oís con gusto estos discursos tan opuestos á ella: á lo sumo, os tendrá por hombres virtuosos exteriormente, y tan solo en lo necesario para salvar las apariencias. Tal será el acertado juicio, que toda persona sensata y morigerada formará de vosotros.

Entre los discursos demasiado libres, cuento tambien esos cantares tan comunes hoy dia, en los cuales, so pretexto de cultivar el arte de la música, ó de saborear sus bellezas, se vierten máximas peligrosas, que despiertan los malos sentimientos. Y, sin embargo, hermanos míos, esto se hace sin el menor escrúpulo, se hace con gusto y hasta con pasión; siendo así, que semejantes cantares son indignos de toda persona cristiana y piadosa, y que con ellos, se profana la voz humana, y se corrompe el corazón, así del que los canta, como del que los oye cantar.

El segundo defecto opuesto á esa sal de la discrecion, con que el Apóstol quisiera que fueran sazonadas todas nuestras conversaciones, es la murmuracion. Quisiera yo, oyentes míos, tener ahora el arte y la habilidad necesarias, para haceros una fiel y animada pintura de este horrendo vicio, á fin de que, teniéndolo siempre á la vista, huierais de él como de un monstruo abortado por el abismo, para tormento y perdicion de las almas. Ante todo, conviene que indagemos su origen. La maledicencia es hija de la falta de ingenio. Reúnense varias personas en una tertulia, y, al poco rato, apurados ya los lugares comunes de la conversacion, ésta va haciéndose pesada y lánguida, á causa del escaso talento é instruccion de los circunstantes, quienes, con el objeto de animarla, empiezan á tratar de las imperfecciones reales de sus prójimos, ó de las que se les atribuyen maliciosamente. La maledicencia procede tambien del orgullo, en aquellas almas ruines que, no pudiendo sobreponerse á sus semejantes, por medios licitos, procuran rebajarles, enajenándoles el buen concepto público. Proviene otras veces de la fea hipocresía, como sucede cuando uno, para mejor ocultar sus propios defectos, se convierte en censor de la conducta de sus hermanos, y habla de ella con una especie de virtuosa indignacion.

Sabido ya el origen de este vicio, veamos cuáles son sus consecuencias. Apenas suena el rumor de la murmuracion, una inmensa multitud de ecos lo repiten y derraman por todos lados. Por todas partes se propalan los defectos y las imperfecciones, que vuestra falta de caridad ó de justicia ha atribuido á vuestro hermano; y lo peor es, que, por punto general, todo el mundo propende á dar crédito al murmurador. El resultado es, que por la facilidad de hablar mal, de una parte, y por la facilidad de creerlo, de otra, el prójimo queda desconceptuado en la opinion de sus hermanos.

El tercer defecto opuesto á la discrecion de que habla el Apóstol, es el que he designado con la denominacion de palabras excesivamente tímidas y condescendientes. Léjos de nosotros la idea de imitar á

esos espíritus de contradiccion, dispuestos siempre á disputar con todo el mundo, que á fuerza de querer parecer rígidos y celosos, se hacen ridículos, y presentan la religion bajo un aspecto odioso y repugnante. Nó, no es esta nuestra idea; pero, sí, tenemos que deplorar ahora un vicio muy comun entre los cristianos, y aún entre las personas piadosas. Supongamos, que en una reunion de personas se blasfema de la religion, se ultrajan nuestras santas creencias, y se ofende la moral: la mayor parte de los circunstantes oyen con horror tan impíos dislates, pero todos refrenan los impulsos de su piedad, de su fe y de su indignacion, y, tal vez, algunos aprueban las opiniones del blasfemo, por pusilanimidad ó por necio respeto humano. Semejante modo de proceder, es digno de la mayor censura. Hay ocasiones, hermanos carísimos, en que es necesario levantar y defender con firmeza el estandarte de Jesucristo. Así como en tiempo de las antiguas persecuciones, eran reos de idolatría los que guardaban un silencio indebido, los que se avergonzaban de confesar su fe, y los que dejaban caer siquiera un grano de incienso en el fuego profano de los ídolos, así tambien ahora, los que callan cuando los predicadores de la mentira y de la licencia ultrajan nuestras santas creencias, se hacen cómplices de estos falsos é impíos apóstoles.

El cuarto defecto contrario al precepto del Apóstol, son las palabras vanas é inútiles. Ante todo debo advertiros, oyentes míos, que para no errar en la inteligencia y aplicacion de este precepto, conviene huir igualmente de dos opuestos extremos: estos extremos consisten, en la interpretacion sobrado rigurosa, ó demasiado lata del mismo precepto. Cuando nuestro Señor, por boca del Apóstol, condena las palabras inútiles, y dice, que seremos juzgados por ellas, no prohíbe esos discursos y conversaciones, que aunque no son de inmediata utilidad, son, sin embargo, inevitables en el trato social, y nos sirven de agradable diversion en medio de nuestras graves ocupaciones. Pero guardaos de dar un sentido demasiado lato á esta explicacion. Nuestro Señor nos permite únicamente, los discursos vagos y superficiales, á la manera que nos permite el descanso, es decir, por intervalos.

Voy á daros una idea de las conversaciones útiles y provechosas que debierais escoger con preferencia á todas las demás, y que, por desgracia, son tan raras en el dia. Supongamos, que acabais de oír la palabra de Dios. ¿No seria bueno, que discurrierais en comun sobre los puntos del sermón que habeis oído, á fin de grabar mejor en vuestro corazón y en vuestra memoria las verdades, que se os han probado, y los preceptos que se os han inculcado? Si por ca-

sualidad presenciales la muerte de uno de vuestros hermanos, ¿no sería útil, que en vez de apartar la memoria de este suceso, discurrirais algun rato sobre su grandísima importancia y trascendencia? Cuando leéis un buen libro, ó tenéis noticia de una buena accion, ¿no sería provechoso, que hablarais acerca del particular con los que están en vuestra compañía? ¿Creeis, hermanos míos, que las reflexiones que hicieseis sobre tan importantes materias, serian ménos agradables que vuestras ordinarias conversaciones, reducidas, en su mayor parte, á continuas y enojosas divagaciones? ¿Podrá creerse, que esas visitas, con frecuencia tan incómodas para los que las hacen, como para los que las reciben, sean mas agradables, que la sosegada discusion de los importantes asuntos que acabo de indicaros? Nó, nó, hermanos míos; la seriedad y solidez del discurso no perjudican, ántes bien, acrecientan su atractivo é interés. Haced la experiencia, y os convencereis de lo que os digo. Veamos ahora cuáles han de ser nuestros discursos y conversaciones, para que, conforme al segundo consejo de S. Pablo, abunde en ellos la suavidad y el agrado.

2. A este agrado y á esta suavidad, se oponen cuatro principales defectos: 1.º las chanzas pesadas; 2.º el lenguaje soberbio é imperioso; 3.º las disputas acaloradas y obstinadas; 4.º las preguntas indiscretas. Discurremos brevemente sobre cada uno de estos defectos.

Entre las chanzas ilícitas, que acabo de indicaros, no se comprenden, hermanos míos, esos inocentes y placenteros altercados, que, en tono de broma, se suscitan algunas veces entre los mejores amigos, ni las prudentes reprensiones que se dan en igual tono. San Francisco de Sales permite unas y otras, las autoriza, y hasta las considera como una especie de virtud civil ó social, que llama *Eutrapelia*. Hablamos aquí únicamente de aquellas chanzas pesadas, que tienen por objeto humillar al prójimo, y son, por lo mismo, diametralmente opuestas al espíritu de caridad, como es fácil demostrarlo. En efecto, todos sentimos que se nos ridiculice, y deseamos que se nos respete. ¿Por qué razon los que tanto gustan de chancearse con los demás, no pueden sufrir que nadie se chancee con ellos? ¿Por qué razon, cuando se les replica con oportunidad, se quedan taciturnos y despechados, pareciendo que se apaga toda su vivacidad, y se embota toda su agudeza, sino porque, como acabo de indicar, hay en todos nosotros ciertas miserias y debilidades, ciertos defectos morales y ciertas imperfecciones físicas, cuya manifestacion nos avergüenza y humilla? ¿Y de dónde procede esta mala costumbre? Unas veces, del orgullo; y otras veces, de la envidia: del orgullo, cuando á toda costa se quiere ostentar viveza é ingenio; de

la envidia, cuando se desea deprimir á un rival cuya sombra perjudica ó enoja.

El lenguaje soberbio é imperioso, es el segundo defecto contrario á la blandura y á la gracia, que debe sazonar nuestras conversaciones. ¿Puede darse cosa mas intolerable que aquellas personas, que, en una reunion, se afanan por poner en evidencia su capacidad, toman la actitud de doctores, y quieren que sus palabras sean consideradas como reglas infalibles, ó como fallos inapelables? Este modo de hablar afirmativo, decisivo y resuelto, es exclusivamente propio de los ignorantes, de los hombres superficiales, que jamás han estudiado á fondo una cuestion; que no saben dudar, y están en la creencia de que la duda arguye ignorancia; cuando, por el contrario, el saber dudar con oportunidad y prudencia, es una de las mayores pruebas de sabiduría. Pero este lenguaje es sobre todo insoportable, cuando se usa en materia de religion, y más, si cabe, cuando sale de boca de una mujer. Hay algunas de vosotras, hermanas mías, que quieren pasar por teólogas, y se hacen jueces, por decirlo así, en cuestiones religiosas: hablan de la doctrina de un predicador y de su manera de decir, alabándolo ó censurándolo con exageracion; discurren sobre la direccion de un confesor, y sobre la conducta pastoral del párroco, ó del obispo; condenan tal ó cual especie de devocion, aprueban ó desaprueban ciertos ejercicios piadosos: en una palabra, hablan y juzgan de todo, sin respetar las cosas más santas y venerables. Guardaos, hermanas mías, guardaos de incurrir en esta aberracion del espíritu y del corazon: no olvideis, que la modestia, la humildad, y aún la timidez, son vuestro mayor adorno.

Las disputas acaloradas y obstinadas no son otra cosa, hermanos míos, que ese mismo lenguaje soberbio é imperioso de que acabo de hablaros, llevado á mayor extremo. El sábio y piadoso autor de la *Imitacion*, nos dá, en cierto lugar, un aviso excelente, que con harta frecuencia olvidamos en la práctica: «Si alguno, despues de haber sido amonestado por vosotros una, ó dos veces, no viniere á mejor consejo, no insistais más; dejadlo en manos de Dios, que sabe sacar el bien del mal.» La razon de este consejo es evidente, hermanos míos. Si vuestro prójimo no quiere darse por convencido, no es por falta de inteligencia, ni por debilidad de espíritu, sino por orgullo; y en este caso, cuanto mas le insistais, mas le aferrais en su opinion; al paso, que, si en vez de irritarle con vuestras importunaciones, le dejais calmar y sosegarse, se avergonzará de su error, y se convencerá por sí solo. Juzgad de los demás, por lo que pasa en vosotros

mismos. ¿Cuántas veces no habeis sostenido una proposicion errónea, solo por haberla sentado, y por habérseos contradicho con demasiada acritud? En semejantes circunstancias, habeis preferido persistir en vuestra opinion, amontonando toda suerte de errores y absurdos, ántes que retractaros y conceder la razon á vuestro contradictor. Y, sin embargo, oyentes míos, no hay nada más bello ni más honroso para nosotros, que abrir los ojos á la luz de la verdad, y demostrar con una sencilla retractacion, que lo que nos proponíamos con nuestros argumentos, era saber lo que ignorábamos, y no hacer prevalecer nuestro propio dictámen. San Agustin nos dá en tres solas palabras una importante regla, que os suplico retengais en la memoria, para que os sirva de norma en todas vuestras conversaciones: *In dubiis libertas*: en las cosas dudosas, en lo que es meramente objeto de gusto ó apreciacion, cada cual ha de ser libre de opinar como mejor le parezca. ¡Qué de disputas y reyertas no se evitarian, si se siguiera esta regla de san Agustin! En las cosas dudosas, pues, ha de haber libertad absoluta y completa. Empero, en las cosas necesarias, en lo que constituye un principio ó una verdad esencial, allí debe reinar la unidad: *In necessariis unitas*. Allí, hermanos míos, podeis levantar la voz, y mostrar toda la fuerza de vuestras convicciones, y toda la energia de vuestro carácter. Cuando se atacan los derechos de Dios y las verdades del Evangelio, todos podemos, ¡qué digo podemos! todos debemos salir en su defensa, batallando sin tregua ni descanso con las armas de la razon. Pero entónces, como siempre, hemos de suavizar nuestro lenguaje con toda la dulzura de la caridad, *in omnibus charitas*. ¡Oh regla preciosa é inefable!

El cuarto defecto contrario al agrado que nos recomienda el Apóstol, son las preguntas indiscretas. ¿Por qué debemos evitarlo, hermanos míos? Porque embaraza y mortifica á aquel á quien tales preguntas se dirigen, poniéndole en la dura alternativa, de no contestar al que le pregunta, lo que no es regular, ó de faltar á la verdad. Además, estas mismas preguntas, son perjudiciales al mismo que las hace, porque con ellas se pretende saber cosas inútiles ó peligrosas. Si las preguntas que haceis, hermanos míos, son inútiles, ¿á qué viene ese empeño en saber la contestacion? ¿Qué os importan los planes y proyectos de vuestros hermanos, lo que dicen y piensan, lo que hacen ó dejan de hacer? Pero, ¿qué mal hay en esto? me direis tal vez. ¿Qué mal hay? preguntáoslo á vosotros mismos. Si despues de vuestras ociosas conversaciones, habeis querido recogeros para orar ó meditar, ¿habeis hallado en vuestro interior el sosiego y la tranquilidad que para ello necesitabais? ¿Háse hecho oír la voz de

Dios en vuestras almas, en medio de los pensamientos mundanos, que os preocupaban? Mas, si esas preguntas, no tan solo son inútiles, sino tambien perjudiciales ó culpables, como sucede muchas veces, ¡qué perjuicio no pueden causar á vuestra alma! ¡Cuán raro es, hermanos míos, que la caridad deje de sufrir algun quebranto en esas conversaciones prolongadas y frecuentes! ¡Cuántas almas se han arrepenido, como Eva, de haber hablado en demasia!

Ved aquí, hermanos míos, los defectos que debeis y podeis evitar en vuestras conversaciones. Sin embargo, no creeria haber cumplido hoy del todo mi deber, con respecto á vosotros, si despues de haberos manifestado esos defectos, no os indicara un medio para ordenar y santificar vuestras conversaciones. El mejor medio, es hacer una buena eleccion de personas para el trato familiar; porque, segun es el carácter de estas personas, suele ser tambien el de las conversaciones que con ellas se tienen. Procurad, pues, oyentes míos, trataros con personas morigeradas y piadosas, cuyas buenas costumbres sean para vosotros un objeto digno de imitacion. Así, y todo, si conversais mucho, difícil será que no pequeis; porque el continuo roce con las criaturas, por buenas que éstas sean, más ó ménos, siempre perjudica. Los hombres más excelentes, tienen á veces la debilidad de hablar de cosas, por las cuales, algun dia, serán juzgados. De ahí dimana otra regla, á saber, que el mejor modo de conversar bien, es hablar poco.

Pero la mejor regla para ordenar las conversaciones, amados hermanos, es ordenar el corazon; porque, como dicen las santas Escrituras, en el corazon está la fuente de la vida. «De la abundancia del corazon, dice el Señor, habla la boca.» En vano tratariais de destruir los efectos, si primero no destruyerais la causa; en vano procurariais purificar las aguas de un arroyo, si antes no procurais purificar el manantial. Purificad, santificad, pues, hermanos carísimos, vuestro corazon; llenadlo enteramente de amor divino; amad la virtud, amad la piedad, y despues hablad cuanto querais; porque entónces no podreis ménos de hablar bien.

DIVISIONES.

CONVERSACION.— Los hombres y las mujeres abusan de la conversacion:

- 1.º Cuando no es inocente.
- 2.º Cuando no es honesta.
- 3.º Cuando no es moderada.

CONVERSACION CRISTIANA. — Es cristiana la conversacion en que

- 1.º No se olvida á Dios.
- 2.º En que no se ofende al prójimo.
- 3.º En que no toman parte personas encenagadas en el vicio.

CONVERSACION ECLESIASTICA. — (*Exhortacion á los eclesiásticos.*)

- 1.º Todos los momentos, que se emplean en la conversacion eclesiástica, deben ser bien aprovechados.
- 2.º Debe dejarse en ella intacto el honor de la Iglesia.
- 3.º Debe ser tal, que edifique á los seglares.

CONVERSACION RELIGIOSA. — Las Religiosas deben guardar la mayor circunspeccion en sus conversaciones.

Las Religiosas deben evitar todo lo posible la curiosidad en sus conversaciones.

CONVERSACION MUNDANA. — La conversacion mundana perverte á gran número de personas buenas.

Escandaliza á los que no pervierte.

Impide pensar en su conversion á los que ha pervertido.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed si quis bonus ad ædificationem fidei, ut det gratiam audientibus. EPHES. IV, 29.

Nostra autem conversatio in cælis est. PHILIPP. III, 20.

In omni conversatione vestra sancti sitis. I PETR. I, 15.

Acuerunt linguas suas sicut serpentis; venenum aspidum sub labiis eorum. PSALM. CXXXIX, 4.

Qui perversi cordis est, non inveniet bonum; et qui vertit lin-

De vuestra boca no salga ningun discurso malo, sino los que sean buenos para edificacion de la fe, que den gracia ó inspiren piedad á los oyentes.

Mas nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo.

Sed vosotros santos en todo vuestro proceder.

Aguzaron sus lenguas viperinas; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas.

Quien es de corazon perverso, nunca lo pasará bien; y experi-

guam, incidet in malum. PROV. XVII, 20.

Indisciplinata loquelæ non asuescat os tuum; est enim in illa verbum peccati. ECCLI. XXIII, 17.

Narratio peccantium odiosa, et risus illorum in delictis peccati. ECCLI. XXVII, 14.

Quomodo potestis bona loqui, cum sitis mali? MATTH. XII, 34.

Dico autem vobis; quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii. MATTH. XII, 36.

Ex abundantia enim cordis os loquitur. LUC. VI, 45.

Corrumpunt mores bonos colloquia prava. I COR. XV, 33.

Omnis sermo malus de ore vestro non procedat, sed si quis bonus ad ædificationem fidei, ut det gratiam audientibus. EPHES. IV, 29.

Fornicatio autem, et omnis immunditia.... nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. IBID. V, 5.

Si quis autem putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, hujus vana est religio. JAC. I, 26.

mentará desastres, aquel que es doble de lengua.

No se acostumbre tu boca al hablar indiscreto, porque siempre va acompañado de la mancha del pecado.

La conversacion de los pecadores es insoportable, porque ellos hacen gala de las delicias del pecado.

¿Cómo es posible, que vosotros habéis cosa buena, siendo, como sois, malos?

Yo os digo, que hasta de cualquiera palabra ociosa, que hablan los hombres, han de dar cuenta en el dia del juicio.

De la abundancia del corazon habla la boca.

Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.

De vuestra boca no salga ningun discurso malo, sino los que sean buenos para edificacion de la fe, que den gracia ó inspiren piedad á los oyentes.

Pero la fornicacion y toda especie de impureza.... ni aún se nombre entre vosotros, como corresponde á quienes Dios ha hecho santos.

Si alguno se precia de ser religioso ó devoto, sin refrenar su lengua, su religion es vana, falsa su piedad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Fuge personas, in quibus potest malæ conversationis esse suspicio.

Apártate de aquellas personas de quienes puede sospecharse,

S. HIERON., EPIST. AD GERUNT.

Otiosum verbum est, quod sine utilitate loquentis et audientis dicitur: ceterum qui scurrilia replicat, est cachinnis ora dissolvit, et aliquid turpitudinis profert, hic non otiosis verbis, sed criminosis tenebitur reus. S. HIERON. SUP.

MATTH. LIB. I.

Quamplures vidi loquendo in peccatum incidisse: vix quempiam tacendo; ideoque tacere neoss, quam loqui, difficilius est. S. AMBR. LIB. I DE OFFIC.

Alliga sermonem tuum ne luxuriet, ne lasciviat, et multiloquio peccata sibi colligat. Jugum sit verbis tuis et statera atque mensura, ut sit gravitas in sensu, in sermone pondus, atque in verbis modus. IDEM, IBIDEM.

Ingreditur mors per ostium tuum, si falsum loquaris, si turpiter, si procaciter: postremo si ubi non oportet loquaris. IDEM, LIB. I DE VIRGINIT.

Ab otiosis ad noxia verba, à levioribus ad graviora venimus. S. GREG. IN PASTOR.

Vanus sermo cito polluit mentem, et facile agitur, quod libenter auditur. S. ISIDOR. IN LIBR. SOLILOQ.

Véase: CANCIONES DESHONESTAS.

que tienen una conducta desordenada.

Es palabra ociosa, la que se pronuncia sin utilidad del que habla y del que oye: pero el que repite truhanerías, suelta carcajadas y profiere torpezas, no solo es reo de palabras ociosas, sino de faltas graves.

A muchos he visto incurrir en pecado por haber hablado; y apenas sé de uno, que haya delinquido por haber callado: por esto juzgo más difícil saber callar, que hablar.

Pon cuidado en tus palabras, para que no sean obscenas ni indecentes, ni acumules pecados en el hablar mucho. Pesa tus expresiones en una balanza, sujétalas á una medida, para que sean serias en el sentido, graves en la pronunciación, moderadas en el fondo.

La muerte penetra en el alma por la puerta de tu boca, cuando pronuncias falsedades, torpezas, desvergüenzas; ó cuando hablas, en fin, donde no conviene.

De las palabras ociosas fácilmente pasamos á las malas; y de las leves, á las que son graves.

La conversacion indecente pronto inficiona al entendimiento, y con facilidad se hace lo que con placer se oye.

CONVERSION Á DIOS.

Convertere Israel ad Dominum Deum tuum.

¡Oh Israel! conviértete al Señor Dios tuyo.

(Osee. xiv, 2.)

No hay, ni habrá salvacion posible, para las familias y la sociedad, mientras no atiendan á su gobierno con la aplicacion de los principios cristianos. Por eso nos consideramos como enviados, para repetir y reproducir, bajo todas las formas, estas palabras del profeta Oseas: Israel, conviértete al Señor tu Dios: *Convertere Israel ad Dominum Deum tuum.*

No caben en esto términos medios, hermanos míos; ó perecer, ó convertirse á Dios. Elegid: el abismo está abierto á vuestras plantas, y á vuestras espaldas, la Iglesia de Jesucristo os llama y os tiende los brazos, diciéndoos con ternura: ¿Y por qué has de morir, oh casa de Israel? *Et quare moriemini, domus Israel?* EZECH. xviii, 31. Conviértete al Señor tu Dios; es tu Padre, y no quiere que mueras, sino que vivas: *Sed ut convertatur impius à via sua et vivat.* EZECH. xxx, 11.

Voy, pues, á exhortaros, hermanos míos, para que os convirtais todos á Dios. Toda conversion particular contribuye poderosamente á la conversion de los demás. No obstante, debo confesarlo; hay personas cuya conversion ejerce mayor autoridad y tiene mayor importancia; tales son los padres de familia, los jóvenes, esperanza del porvenir, porque su ejemplo es de un efecto extraordinario en la sociedad. Por esto voy á demostraros: 1.º; que todos debeis ser apóstoles en vuestras familias, por vuestras convicciones y conducta; 2.º, que debeis convertirlos á Dios sincera, práctica y completamente.

No faltará quien os haga observar, que todos los hombres de alguna importancia, y honrados, proclaman unánimemente, que pasó el tiempo de la incredulidad, y que la religion es una necesidad profun-

da de la época. Sí, hermanos míos, esto es cierto. La sociedad ha dado un gran paso; si se exceptúan algunos rezagados, algunos incorregibles, los ánimos han adelantado, se han enmendado. Ahora, oímos en todas partes pronunciar los nombres de Dios y de Providencia; se habla de moral religiosa; y no solo esto, sino que se escriben libros sobre la necesidad de recurrir á las ideas santas, es decir, á las ideas religiosas. ¿Qué le falta á esa cruzada? Dos cosas esenciales para obtener un buen éxito, á saber: la convicción, y el ejemplo práctico.

Varias veces encontramos hombres graves y formales, verdaderamente cuidadosos por la suerte del linaje humano, y deseosos de ser útiles á sus semejantes; hombres, que han comprendido que urge poner coto al desenfreno de las pasiones, y que, después de mil tentativas, se han convencido, por último, de que es necesario el apoyo de la religión. Pero pronto experimentamos una gran sorpresa. Esos hombres, que con tanto ahínco movían todos los resortes de la fe cristiana, no abrigan esta fe en su alma. El evangelio de Jesucristo enseña al pobre, el amor á su condición desgraciada; el respeto á la propiedad, al que no posee; al niño, el respeto á sus padres; y á todos, las leyes de la probidad y del honor. En todo esto, el Evangelio de Jesucristo es excelente, dicen esos hombres; sacaremos partido del Evangelio. Pero ¿es Jesucristo el Hijo de Dios? ¿Es el Evangelio un libro venido del cielo, ó solamente el último esfuerzo de la sabiduría y de la razón humana? ¿Qué debemos pensar de los misterios cuya creencia propone? Vanas preguntas. El Evangelio es excelente, tal cual es, para la mayor parte de los hombres: no discutamos su valor religioso, abstengámonos de examinar el fondo de las cosas. Así razonan esos hombres, que tienen el Evangelio en la mano, y no en el corazón; que enseñan, pero no creen.

Con todo, hay aún más inconvenientes. La incredulidad del que pretende ejercer de esta suerte el cargo de apóstol, es un hecho lamentable, pero un hecho interior, que puede disimularse, que se sospecha, aunque no se demuestra. Desgraciadamente, la religión tiene ciertas exigencias, que ponen de manifiesto la conducta censurable de esos maestros del pueblo. El Evangelio, al que se apela para corregir á la multitud, impone deberes cuyo cumplimiento es visible, y se refiere á actos públicos y solemnes. De estas prácticas evidentes, de estos deberes exteriores, depende toda la virtud, toda la eficacia de la moral evangélica: sin el cumplimiento de estas obligaciones, el cristianismo no produce ya ninguno de los frutos que se le demandan. ¿Y qué estamos viendo? Observamos que algunos hombres, por

otra parte celosos de la enmienda de sus conciudadanos, nunca los acompañan en los actos religiosos más obligatorios. ¡No permita Dios, que yo corra el velo, que me oculta y debe ocultarme la vida privada! Pero hay un hecho patente: nadie encuentra á esos hombres en el templo; ni para la oración, ni para la santificación del domingo, ni para asistir á la predicación evangélica. Es inútil decir, que no acuden al tribunal de la penitencia. Por esto digo, que esa conducta es un escándalo para sus semejantes, y un camino de perdición para su alma. Vosotros, pues, ¡oh cabezas de familia! magistrados! vosotros, iniciadores de todo lo grande que se hace en el mundo! ¿cuándo comprendereis, que también vosotros sois apóstoles, pero que el apostolado, tal como lo ejercéis, es decir, destituido de la convicción, y del ejemplo práctico, ha de ser estéril é impotente? Sabed, que vuestra conversión á Dios debe ser principalmente sincera, práctica y completa.

2. Si para afianzar el mundo conmovido, hasta en sus fundamentos, hay que dar al pueblo una fe, una doctrina; si, por otra parte, como os he dicho, los pueblos no pueden recobrar su fe sino con la cooperación de todos, debemos deducir, que esta fe y esta doctrina han de ser patrimonio de todos. Es preciso, pues, hermanos míos, orar para creer; y creer, para luego tener el derecho de enseñar. Eso es lo que todos debéis hacer con sinceridad. Debéis dirigirlos á Dios con todo vuestro entendimiento, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas: pues Dios *sondea los corazones*, y ve si vuestras disposiciones son puras y rectas. Mas, no basta creer; es menester obrar. Por esto he dicho, que debéis convertirlos á Dios *prácticamente*. La Escritura nos enseña, que el Salvador de los hombres *comenzó por obrar, y que luego enseñó*. Imponer á otros una carga, que no se quisiera tocar con la mano, es lo que Jesucristo llamaba *farisismo por excelencia*. Vosotros, los que estais animados del noble deseo de ver florecer nuevamente los principios de la religión y de la moral, en los corazones secados por la duda y la corrupción, oid lo que refiere un filósofo de la antigüedad. «Yo habia ensayado todas las doctrinas, dice Justino, cuando un dia, absorto en mis cavilaciones, y á orillas del mar, volvíme, y ví á un anciano cerca de mí. Su exterior, bastante notable, mostraba mucha amabilidad y gravedad. Entablamos conversacion, que concluyó el anciano diciéndome: Veo, que os gustan las palabras, y no las obras, que buscáis la ciencia, y no la práctica. *Nosotros hablamos poco, pero obramos.*» Hagamos lo mismo, hermanos míos. Bastante se ha hablado, bastante se ha escrito, bastante se ha discutido: hora es ya de practicar y obrar.